

Opinión pública y participación en la seguridad internacional

**JUAN DÍEZ
NICOLÁS**

Resulta ya tópico afirmar que durante la mayor parte del siglo XX España ha estado al margen de los grandes acontecimientos internacionales. La neutralidad en las guerras mundiales nos privó de cualquier protagonismo, incluso de cualquier participación en los sistemas de seguridad del denominado "mundo occidental". En realidad, el único vínculo con ese sistema de seguridad fue el que se estableció a partir de la firma del tratado de 1953, con Estados Unidos, para la construcción y uso conjunto de ciertas bases aéreas y navales en territorio español, aparte de algunos otros tratados con algún país europeo para la realización de maniobras conjuntas más o menos periódicas. Hasta 1975, la incorporación de España al sistema de defensa occidental, la OTAN, constituyó una aspiración, que compartían la mayor parte de los sectores políticos, desde la izquierda a la derecha, especialmente de la oposición clandestina al régimen de Franco, porque se veía en esa incorporación, como también en la incorporación al entonces Mercado Común, un medio instrumental para establecer la democracia en España y garantizar nuestra plena incorporación a Europa, al mundo occidental desarrollado.

Fueron sin embargo los primeros gobiernos de UCD, presididos por Adolfo Suárez, los que llevaron las negociaciones para la incorporación de España a la OTAN, que se formalizó en 1982, precisamente por un gobierno de UCD, presidido por Leopoldo Calvo Sotelo. No obstante, si hasta 1975 existió un amplio consenso, entre las *minorías dirigentes*, en exigir la entrada en la OTAN como medio para establecer la democracia en España, una vez establecida ésta, a partir de las primeras elecciones generales de 1977, la inevitable confrontación entre partidos políticos en el gobierno (UCD) y en la oposición (PSOE) acabó por convertir la incorporación de España a la OTAN, que era una cuestión de Estado, en una cuestión partidista y, por tanto, electoral.

«La neutralidad en las dos guerras mundiales nos privó de cualquier protagonismo, incluso de cualquier participación en los sistemas de seguridad del denominado "mundo occidental.»

Es pues explicable que, hasta 1975, la opinión pública española (es decir, esa tercera parte que se interesaba y opinaba sobre cuestiones de política internacional y relaciones internacionales) fuese mayoritariamente favorable a la incorporación de España a la OTAN, ya que era un modo de “hacernos” europeos. Pero, precisamente porque se trataba de un respaldo basado más en la “utilidad” que en la convicción racional, Calvo Sotelo posiblemente hubiera debido buscar un respaldo más amplio de la opinión pública a la incorporación de España a la OTAN, en un lugar de conformarse con el preceptivo respaldo parlamentario.

Por eso, desde el momento en que el PSOE decidió utilizar en su campaña electoral de 1982 el slogan “OTAN, de entrada no”, era previsible que la opinión pública, hasta entonces mayoritariamente indiferente, se tornaría contraria a la presencia de España en la citada organización. Prueba de la profundidad e intensidad con que arraigó el sentimiento anti-OTAN (reforzado por las actitudes pacifistas, anti-belicistas y antimilitaristas de los españoles) es el esfuerzo que le costó al Gobierno del PSOE, presidido por Felipe González, lograr un resultado favorable (por muy estrecho margen) en el referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN, en 1986.

A partir de esa fecha, sin embargo, la idea de que España forma parte del sistema defensivo europeo y atlántico ha ido penetrando, paulatinamente, en sectores cada vez más amplios de la sociedad española, como los datos que se presentan posteriormente corroboran. El proceso, sin embargo, es lento, pues tiene que competir con una orientación pacifista muy arraigada en la sociedad española, que tiene su origen en al menos tres corrientes muy diferentes: el pacifismo derivado de la neutralidad española en las dos guerras mundiales; el pacifismo derivado de la insistente campaña en favor de la paz (interior) realizada por el régimen de Franco sobre todo a partir de 1969 (conmemoración de los XXV años de paz); y el pacifismo derivado de los más recientes movimientos pacifistas (antinucleares, anti-belicistas, etc...), surgidos en la mayor parte de la Europa occidental y democrática a partir de la década de los años 70.

Este pacifismo de los españoles, manifestado al menos en forma de opiniones verbalizadas, se pone de manifiesto en todas las investigaciones recientes en que se puede comparar a España con otros países. Por ejemplo, en la Encuesta Mundial de Valores coordinada por Ronald Inglehart en más de 40 países de los cinco continentes alrededor de 1990, España sobresale como uno de los países más pacifistas. Solo dos tercios de los españoles de 18 y más años afirman estar dispuestos a “luchar por su país en caso de guerra”, cuando esa proporción supera el 80 por ciento en Dinamarca, Noruega, Suecia, Finlandia, Polonia, Chile y Rusia, y más del 70 por ciento en Estados Unidos y México.

Los españoles somos, junto a polacos y portugueses, uno de los pueblos que más “aprueban” movimientos sociales de carácter ecologista, antinuclear, de desarme, de derechos humanos, feministas, e incluso “anti-apartheid”. Como contrapartida, y según datos de la misma investigación, los españo-

«Este pacifismo de los españoles se pone de manifiesto en todas las investigaciones recientes en que se puede comparar a España con otros países.»

«La primera ocasión en que la sociedad española fue testigo de la participación española en misiones militares internacionales conjuntas fue la Guerra del Golfo de 1990-91.»

les somos los que presentamos proporciones más bajas de afiliación a asociaciones ecologistas, feministas, pacifistas, etc... Puede de que esto explique que el Gobierno, consciente de este pacifismo (al menos verbalizado) de la sociedad española, pero consciente también de las obligaciones adquiridas por España al incorporarse a la OTAN y a la UEO, obligaciones que implican la participación de las Fuerzas Armadas españolas en acciones internacionales conjuntas, se refiera persistentemente a las misiones de nuestras tropas en actuaciones militares internacionales como "misiones humanitarias", "misiones de paz", etc...

La primera ocasión en que la sociedad española fue testigo de la participación española en misiones militares internacionales conjuntas fue la Guerra del Golfo de 1990-91.

Los datos procedentes de las investigaciones mensuales realizadas por ASEP desde el momento en que Irak invadió Kuwait, en el verano de 1991, permiten establecer algunas conclusiones muy generales. En primer lugar, se observa una opinión bastante mayoritaria que se opone a la presencia de tropas españolas, especialmente de remplazo, en aquel conflicto.

En segundo lugar, durante todo el tiempo que duró aquel primer conflicto en el Golfo Pérsico, el gobierno tuvo un mayor apoyo, en relación con la participación española, en los sectores ideológicos de la derecha, y no tanto en los de izquierda que teóricamente deberían respaldar más sus actuaciones.

La tercera observación que cabe deducir de los datos disponibles es que, a partir de esa experiencia española de participación en operaciones militares internacionales, la opinión pública parece haber ido internalizando cada vez más la idea de que España tiene responsabilidades en materia de seguridad internacional.

Comenzando, por tanto, con los datos de opinión relativos al primer conflicto en el Golfo Pérsico, puede observarse que, en septiembre de 1990, un 49% de los españoles de 18 y más años tenían una opinión contraria al envío de barcos españoles al conflicto del Golfo Pérsico, frente a un 33 % que eran favorables a esa actuación. Pero, además, un 74% mostraban su disconformidad a que se enviaran al Golfo reclutas que estaban cumpliendo el servicio militar. Y, mientras que un 38 % estaban de acuerdo con la afirmación de que "a España no se le ha perdido nada en el conflicto del Golfo Pérsico", un 41% estaban en desacuerdo con ella, lo que implicaba una fuerte controversia de opiniones.

En octubre de ese mismo año, la opinión contraria al mantenimiento de las tropas españolas en el Golfo (44%), seguía predominando sobre la opinión favorable (36%). Si la diferencia de puntos porcentuales entre la proporción favorable y la desfavorable era -8 para el conjunto de la muestra, esa diferencia era de -21 puntos porcentuales entre los de izquierda, de +5 entre los de centro izquierda (mayoritariamente votantes del PSOE), pero de +10 y +11 puntos entre los de centro derecha y derecha (mayoritariamente votantes del PP), confirmando así la afirmación anterior de que el Gobierno tuvo mayor apoyo de la opinión pública próxima a la oposición que en su propio electorado.

En noviembre de 1990, seguía predominando la opinión contraria a la presencia española en el Golfo (48%) sobre la opinión favorable (35%). Y en enero de 1991, días antes de que se iniciasen las operaciones militares contra Irak, un 56% de los españoles de 18 y más años mostraban su desacuerdo con la posibilidad de que España respaldase con tropas y otros medios a los americanos, si los Estados Unidos declaraban la guerra a Irak, y sólo un 26% eran favorables a ese respaldo. Un mes más tarde, en febrero, el 47% de los entrevistados estaban de acuerdo en que “cada vez está más claro que el Gobierno español sólo hace lo que dicen los americanos”, frente a un 32% que estaba en desacuerdo con esa afirmación. En el mismo sentido, el 47% estaba en desacuerdo con el permiso concedido a los aviones americanos para utilizar bases españolas, frente a un 33% que estaban de acuerdo.

Pero, en marzo de 1991, una vez concluidas las operaciones militares en el Golfo, cuando la opinión pública española comprobó que España estaba entre los países aliados que habían “ganado” la guerra, la actitud hacia la actuación del Gobierno cambió radicalmente. El 60% aprobaban la actuación del Gobierno en relación con la guerra del Golfo, y sólo un 24% la desaprobaban. El apoyo fue general en todos los sectores ideológicos, pero mayor en el centro derecha (+43) y en la derecha (+36) que en el centro izquierda (+39) y en la izquierda (+24).

A partir de esta experiencia, como se indicaba, la opinión pública se ha hecho más receptiva a la participación española en cuestiones de seguridad internacional. Así, en mayo de 1991, un 67% de españoles de 18 y más años se mostraban de acuerdo con el envío de tropas españolas a Irak para prestar ayuda a los kurdos, y sólo un 21% se mostraban en desacuerdo con esa acción. Y en junio, un 37% apoyaron la participación de España en la creación de una nueva fuerza militar europea frente a un 27% que se oponían.

El proceso que se ha seguido respecto al conflicto en la ex-Yugoslavia ha sido similar. En septiembre de 1992 un 47% de los españoles de 18 y más años mostraban su disconformidad con el “envío de la legión a Yugoslavia”, y sólo un 32% eran favorables a esa acción. Pero en noviembre un 52% estaban de acuerdo en el “envío de cascos azules españoles a la antigua Yugoslavia como ayuda humanitaria”, frente a un 28% que estaba en contra de su envío. Parece evidente que la referencia a “cascos azules” y a la “ayuda humanitaria” fueron cruciales en provocar esa actitud favorable. Pero debe advertirse que, en este caso, no se trata de un “truco” del investigador para “sesgar” la pregunta en un determinado sentido, sino una clara adaptación de la pregunta a los conceptos y mensajes utilizados por los medios de comunicación al referirse a esta cuestión. El acuerdo, además, es mayor otra vez entre los entrevistados de derecha y centro derecha (+33) que entre los de izquierda y centro izquierda (+25).

En resumen, los datos disponibles parecen poner de manifiesto que la opinión pública española, pasado el “trauma ideológico” que para algunos fue el referéndum sobre la OTAN de 1986, acepta cada vez más

«La opinión pública parece haber ido internalizando cada vez más la idea de que España tiene responsabilidades en materia de seguridad internacional.»

«El apoyo a estas misiones parece seguir siendo más fácil de obtener en los sectores ideológicos de derecha que en los de izquierda.»

fácilmente la participación española en las instituciones internacionales relacionadas con la defensa y la seguridad (OTAN, UEO), e incluso la participación de tropas españolas en misiones internacionales.

La aceptación de esta participación, sin embargo, parece seguir estando condicionada a algunas limitaciones: que se trate de tropas profesionales y no de remplazo; y que se trate de misiones "de paz" o "humanitarias", y no de misiones de combate. Además, el apoyo a estas misiones parece seguir siendo más fácil de obtener en los sectores ideológicos de derecha que en los de izquierda, aunque el Gobierno

sea, como en este caso, socialista.

En cualquier caso, la experiencia del Golfo Pérsico y de la ex-Yugoslavia parece haber significado un punto de inflexión importante en la opinión pública española respecto a las responsabilidades de España en la seguridad internacional, en el sentido de acabar con una opinión "aislacionista" para dar paso, progresivamente, a una opinión mayoritariamente favorable a la cooperación participante, con los países de nuestro entorno, en el mantenimiento de la seguridad internacional.